

XXIV Domingo Tiempo Ordinario

Eclesiástico 27,33-28, 9; Romanos 14, 7-9; Mateo 18, 21-35

«No te digo que perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»

11 Septiembre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia»

Cada año, al acabar el tiempo de vacaciones, regresamos al quehacer de la vida diaria. Comienza un nuevo curso y detrás queda el verano con su actividad y su descanso. Este verano ha estado marcado por la Jornada Mundial de la juventud convocada por Benedicto XVI en Madrid. Hoy siguen resonando las palabras del Papa en nuestros corazones: *«Son muchos en la actualidad los que se sienten atraídos por la figura de Cristo y desean conocerlo mejor. Perciben que Él es la respuesta a muchas de sus inquietudes personales. Pero, ¿quién es Él realmente? ¿Cómo es posible que alguien que ha vivido sobre la tierra hace tantos años tenga algo que ver conmigo hoy?»*. Y la misma pregunta vuelve a brotar en el alma: ¿Es Cristo la respuesta a tantas inquietudes que hay en nuestra vida? ¿Qué tenemos que ver con Cristo? ¿No somos nosotros acaso parte de esos muchos que nos sentimos atraídos por Cristo pero no damos el paso definitivo para poner nuestra vida en sus manos? El tiempo pasa ante nuestros ojos sin hacer nada, ni reaccionar. Es como dejar pasar las horas arañando suavemente la piel, casi sin dejar marca que otros puedan ver. La cadencia del tiempo en su huida deja solo paz o inquietud. La melancolía del día muere con el romper de las olas en el mar y no hacemos nada. No hay espacio para las prisas. Sólo el leve temor a que la vida siga su curso inflexible, el temor de que el tiempo se nos escape otra vez entre los dedos sin poder retener los segundos que son un don, sin hacer nada. Solo la paz del sol cayendo sobre el mar. El silencio del día que huye entre las sombras. Así corren, o mejor dicho, se deslizan sin tiempo, los días ante nosotros y no somos capaces de reaccionar. Es como si no nos tomáramos la vida en serio, cuando no nos decidimos a caminar. Por eso hoy nos levantamos, hoy queremos que las palabras del Papa nos den ánimo y nos enciendan de nuevo el corazón. **Hoy queremos seguir a Cristo, queremos que Cristo sea respuesta en nuestra vida y damos nuestro sí.**

Pero siempre de nuevo surge la duda en el corazón cuando no sabemos si vamos por el camino correcto. Y es que la vida es un camino que recorreremos que, muchas veces, en su curso cadencioso, nos recuerda lugares donde creemos haber estado antes. Dudamos y pensamos que nos hemos confundido de nuevo. El camino que conduce a Santiago de Compostela está marcado por flechas que señalan el rumbo a seguir, así es más fácil. A veces uno depende casi enfermizamente de las flechas amarillas para poder continuar. Si llevamos un rato sin ver flechas surgen las dudas y los miedos. Más aun en la oscuridad del amanecer cuando la linterna busca desesperadamente señales que confirmen el camino. En realidad, así es nuestra vida. Caminamos a oscuras buscando flechas amarillas que nos den seguridad, señales claras, inequívocas, voces de Dios que resuenen en nuestros oídos. Buscamos a personas que, con sus palabras, apaguen nuestros miedos. Buscamos flechas que señalen la dirección correcta, para no volver a dudar. Buscamos palabras que contengan en su corazón la vida eterna. Porque nos asustan las mentiras y las palabras huecas. Nos asusta caminar sin certezas que le den sentido a cada paso. ¿Y si

tenemos que desandar el camino recorrido? A nadie le gusta confundir el camino, porque nuestro tiempo demasiado. El problema es que hay muchas flechas, de muchos colores, señalando direcciones diferentes. Y cuesta acertar con la dirección correcta. Dudamos y es duro dudar. Es duro caminar sin certezas, con dudas y miedos dentro del alma. No obstante, lo sabemos, caminar sólo con certezas será posible en el cielo, no antes. Miramos a Dios y a María pidiendo que crezca nuestra fe, que nos den algo de paz. Los miramos y el hoy del camino tiene un tono de eternidad. Nos quedamos tranquilos. El cielo se hace presencia en ese instante, en la pisada inquieta, en el dolor y la necesidad de cada paso. De nada sirve temer, porque la fe es más fuerte que el miedo. **Sólo vale caminar con esperanza y el alma abierta a la vida, con la fe firme.**

Esta semana hemos celebrado el nacimiento de María, nuestra Madre. Siempre que celebramos esta fiesta tomamos conciencia de la importancia que tiene sentirnos hijos en sus manos, como nos lo recuerda Benedicto XVI: *«María, siendo Madre del Hijo, participa del poder del Hijo, de su bondad. Podemos poner siempre toda nuestra vida en manos de esta Madre que siempre está cerca de cada uno de nosotros»*. Ella nos enseña a ser hijos y a dejarnos moldear. Ella fue hija antes que Madre. Fue hija en una familia donde aprendió a amar. En su corazón sobreabundó la gracia desde la cuna. En Ella se hizo grande el amor de Dios. En Ella sobreabundó el perdón y la misericordia. María nos hace tomar conciencia de lo valiosa que es la vida cuando la vivimos con intensidad, con pasión. María fue una enamorada de Dios. El P. Kantenich le dirigía estas palabras a María: *«En ti se irradia en plenitud la imagen de ser humano querida por la sabia voluntad del Padre. En la cárcel de esta pobre tierra nuestra, eres un resto del paraíso»*. Ella encarna el ideal de bondad, de amor y verdad que perseguimos torpemente. El ideal de hombre que anhelamos encarnar nosotros desde nuestro pecado y debilidad. Ella nos da la seguridad para caminar con incertidumbres. Ella nos enseña a vivir cada día como un don, como una gracia divina, **como la oportunidad que el cielo nos presta para soñar con ser santos.**

Es maravilloso comenzar el camino de un nuevo curso con un mensaje de esperanza: *«El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos»*. Sal 102, 1-2. 3-4. 9-10. 11-12. Son palabras de esperanza y misericordia en un mundo sin esperanza. Con frecuencia sentimos que nuestra vida está llena de pecado y que no hay luz. En esos momentos de oscuridad perdemos la ilusión y nos sentimos incapaces de seguir las rápidas huellas de Dios por los caminos. Perdemos la tensión y nos dejamos llevar por la vida. Las palabras de Santa Teresa de Calcuta nos hablan de la necesidad de vivir cada momento con intensidad, sin perder la tensión del momento: *«Voy a pasar por la vida una sola vez, por eso cualquier cosa buena que yo pueda hacer o alguna amabilidad que pueda hacerle a algún ser humano debo hacerlo ahora, porque no pasaré de nuevo por aquí»*. Estas palabras nos hablan de la necesidad de aprovechar cada paso del camino, el presente, el momento. Vivir con intensidad la vida sucede hoy, no mañana. No podemos dejar la oportunidad de darlo todo ahora que Dios nos lo pide. Un hermano de Comunidad, cuando alguna vez le pregunto qué hora es, me responde: *«Es hora de amar a Dios»*. Su respuesta hoy nos ayuda a vivir el presente. Es la hora de amar. Así nos lo ha recordado Benedicto XVI. Nadie nos puede quitar la paz. No podemos avergonzarnos de ser cristianos. **Ahora es cuando Dios nos necesita. Necesita nuestra vida y nuestro amor. Necesita nuestro sí apasionado.**

Las lecturas de hoy nos hablan del perdón y de la necesidad de perdonar. Es algo ya sabido que aprendemos a perdonar cuando hemos sido perdonados. Nuestra capacidad de perdonar aumenta cuando experimentamos en nuestra vida el perdón de

Dios y el perdón de los hombres. La parábola del Evangelio nos habla de ese perdón infinito y gratuito de Dios, que se apiada y olvida la deuda que hemos contraído: *«Y a propósito de esto, el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: -Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda»*. El amor de Dios no sólo es paciente con el que debe algo, sino que olvida la deuda. Va más allá de la petición que le hace el hombre endeudado. Vivimos en medio de una crisis en la que todos los países están endeudados. A nadie le gusta vivir con deudas. Quisiéramos vivir sin deber nada a nadie. Las deudas nos quitan la paz. Una persona comentaba con cierta ironía: *«He hecho el negocio de mi vida. Me he comprado una casa que acabaré de pagar cuando tenga 75 años. Es duro vivir endeudado»*. Que alguien perdona nuestras deudas es una bendición. Cuando hablamos de nuestra relación con Dios, sabemos que pecado nos hace deudores frente a Él. En respuesta a todo el amor que recibimos de Dios, le pagamos con desprecio y ofensas, o tal vez con nuestro olvido. Nuestra deuda con Él crece. Él ya nos ha perdonado en su Hijo, nuestra deuda está perdonada porque lo ha dado todo por nosotros. Él nos ama con locura y, a cambio, sólo espera nuestro amor. Pero nosotros respondemos con egoísmo e indiferencia. Nuestra deuda es falta de amor. **No queremos lo suficiente, no lo amamos como Él nos ama.**

Al comprobar el amor inmenso de Dios, nos sentimos demasiado pequeños para responder con la misma moneda. En ese momento, conscientes de nuestro pecado y debilidad, comprobamos que sólo un perdón de Dios puede saldar la deuda. Decía el P. Kentenich: *«El hombre religioso sabe que no puede borrar por sí mismo la acción pecaminosa, es decir, siente que Dios debe perdonarlo»*¹. Porque no podemos evitar caminar sin rumbo y caer una y otra vez en el pecado. El otro día leía: *«Es difícil rescatar al ser humano de esos pequeños pecados, cuyas raíces se arraigan profundamente en el pecado original. Siento claramente dentro de mí una cierta inclinación a cosas que no quiero. Lo fácil que resulta avanzar hacia ciertas cosas y lo difícil que es “ir hacia arriba”»*². Nos lo recuerda S. Francisco de Sales: *«El Padre conoce al hijo. Sabe que es pequeño, que sólo puede dar pasos cortos y a menudo tropieza y cae»*. En esos momentos sólo nuestro arrepentimiento es camino de salvación. Decía el P. Kentenich: *«El arrepentimiento no actúa como si lo pasado no hubiera sucedido; como si se quisiera borrar el hecho histórico concreto. El arrepentimiento quita el aguijón a la acción pasada. Cada mala acción es capaz de seguir engendrando un nuevo mal. El arrepentimiento quita al mal esa fuerza engendradora del mal»*³. Necesitamos a Dios para poder levantarnos de nuevo al experimentar nuestra contingencia y caminar así hacia lo alto. Comprendemos que nuestro pecado, en lugar de aislarnos, cuando lo entregamos con humildad, cuando lo depositamos en las manos de un Padre misericordioso, se convierte en la puerta que nos abre al amor de Dios. Es necesario que nos arrepintamos para recibir el perdón. El hecho de haber experimentado nuestra bajeza nos hace anhelar con más fuerzas las altas cumbres con las que soñamos. Comprendemos así que nuestra existencia no se agota en sí misma, sino que está abierta a los hombres y al mundo, tal como lo dice S. Pablo: *«Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor»* Romanos 14, 7-9. Le pertenecemos a Cristo, somos suyos. No vivimos girando en torno a nosotros mismos, a nuestras necesidades, a lo que para nosotros es importante. Cristo es nuestra referencia. San Maximiliano Kolbe nos recuerda nuestra dignidad: *«Piensa qué grande es la dignidad de nuestra condición por la misericordia de Dios. Por medio de la*

¹ Rafael Fernández, “Sí, Padre, nuestra entrega filial a Dios”, 95

² Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 170

³ Rafael Fernández, “Sí, Padre, nuestra entrega filial a Dios”, 94

*obediencia, nosotros nos alzamos por encima de nuestra pequeñez y podemos obrar conforme a la voluntad de Dios». En torno a Él ha de girar nuestra vida. **Sólo así crecerá nuestra amistad con Él y será posible llevar un mensaje de esperanza, un mensaje de misericordia.***

Pero no siempre recibir el perdón en nuestra vida nos hace más misericordiosos con los que nos rodean. Las palabras de la primera lectura reflejan lo que ocurre muchas veces: «*¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro y pedir la salud al Señor? No tiene compasión de su semejante, ¿y pide perdón de sus pecados? Si él, que es carne, conserva la ira, ¿quién expiará por sus pecados? Piensa en tu fin, y cesa en tu enojo; en la muerte y corrupción, y guarda los mandamientos. Recuerda los mandamientos, y no te enojas con tu prójimo; la alianza del Señor, y perdona el error*». Eclesiástico 27,33-28, 9. Buscamos que nos perdonen, que no tomen en cuenta nuestras faltas, pero nosotros nos sentimos incapaces de perdonar a los que nos ofenden. Las palabras del padrenuestro se nos olvidan: «*Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*». Buscamos misericordia y no la practicamos con los que nos hieren. La medida que usa Dios con nosotros, no la usamos con el prójimo. La parábola nos muestra esa actitud cruel: «*Pero, al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: -Págame lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: -Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: -¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti? Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano*». Mateo 18, 21-35. Esta parábola nos muestra una actitud muy común en la vida. Recibimos perdón en nuestro corazón y, sin embargo, no practicamos la misericordia. **Recibimos amor y entregamos desprecio a los que nos piden misericordia.**

La realidad es que nos cuesta mucho perdonar. Nos tomamos demasiado en serio a nosotros mismos y pensamos que las ofensas de los demás son muy graves. El problema es que no sólo nos cuesta perdonar, más todavía nos cuesta olvidar y no somos capaces de volver a confiar en el que nos ha fallado. El olvido casi nos resulta imposible. Nos acostumbramos a vivir con rencor en el alma. La ofensa permanece grabada y cambia nuestra forma de mirar a las personas. Cuando hemos sido ofendidos, guardamos la ofensa como una herida que no se puede olvidar. Hace falta algo más que fuerza de voluntad para pasar página y volver a comenzar cuando nos han hecho daño. La falta de confianza, el rechazo, el desprecio, generan en nuestro corazón una capa protectora que nos aísla, endurece y nos impide darnos con libertad. Volver a confiar en quien nos ha fallado parece sólo posible si Dios lo hace en nosotros. Ésta es la realidad, solos no podemos. Perdonar y olvidar, confiar de nuevo, son metas que sólo en Dios se pueden hacer realidad. Ese perdón que nos pide Dios nos parece inalcanzable con nuestros propios medios. Sin embargo, la petición de perdonar hasta setenta veces siete resuena hoy de nuevo en nuestros corazones. ¿Estamos dispuestos a olvidar las ofensas que nos hieren el alma? ¿Somos capaces de volver a confiar en aquéllos que nos han fallado? La única manera es mirar a Jesús desde nuestra pobreza y pequeñez. **El camino es suplicar el don de tener un alma grande capaz de perdonar, olvidar y confiar de nuevo.**

El perdón que Dios nos pide es un perdón infinito y esta petición nos desconcierta. Queremos controlarlo todo, necesitamos normas claras, cifras que nos den seguridad y nos permitan cumplirlas con nuestros propios medios: «*En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: -Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: -No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*». La imprecisión del amor que Dios nos propone nos asusta. Amar setenta veces siete es

amar con un amor infinito del que carecemos. Nuestra incapacidad para perdonar de verdad y volver a confiar, nos entristece y nos muestra nuestros límites. Escuchamos el mandato del amor y comprobamos la torpeza del alma para llevarlo a cabo. Sabemos dónde se encuentra el ideal hacia el que caminamos y nos chocamos continuamente con la debilidad del alma que nos lleva al pecado. Las palabras que leemos en la *«Imitación de Cristo»* nos muestran lo que el alma grita: *«No es posible, pues, la santidad en el hombre, Señor, si retiras el apoyo de tu mano. No aprovecha sabiduría alguna, si tú dejas de gobernarlo. No hay fortaleza inquebrantable, capaz de sostenernos, si tú cesas de conservarla»*. Si nos alejamos de Dios es imposible un perdón que no es humano, un amor infinito. La santidad sólo está a nuestro alcance, cuando comenzamos a reconocer que no podemos. **Entonces Dios se abaja y nos toma de su mano hacia la cumbre, nos sube en brazos.**

Jesús desea que, al experimentar la misericordia de Dios en nuestra vida, seamos nosotros un signo de misericordia para los que nos rodean. Estamos llamados a ser un ejemplo visible, a ser centinelas que anuncien desde su atalaya una nueva forma de vivir. S. Gregorio Magno, llamado a ser esa atalaya para los creyentes, se confronta con su debilidad. Dios nos llama a ser luz en medio de la oscuridad y signo de esperanza en el desaliento, y nosotros, como S. Gregorio, nos preguntamos: *« ¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña, sino que estoy postrado aún en la llanura de mi debilidad?»*. Nuestra misión está clara, estamos llamados a dar luz a los que viven en tinieblas, a manifestar el perdón de Dios, a los que llevan el odio grabado en su corazón. El mensaje de Benedicto XVI en Madrid es claro y evidente: *«Poned a Cristo en el centro de vuestra vida. De esta amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios»*. Sólo la amistad con el Señor mantiene firme nuestra fe y hace fuerte nuestro amor. Así lo leía el otro día: *«El amor humano tiene que arraigarse en Dios. Sólo tiene fuerza creadora cuando es puro, sin pecados, totalmente entregado a Él. Forma parte del amor de Dios y sólo puede dar frutos cuando no pierde contacto con Él»*⁴. La misericordia de Dios que se abaja en el perdón, se hace realidad en **nosotros cuando es Cristo el que manda en nuestro corazón, cuando Él vence.**

El orgullo y la vanidad, por el contrario, hacen que nos cueste demasiado entregar el perdón a los que nos ofenden. El amor propio nos aleja de ese amor de Dios que es misericordia. El amor a uno mismo que se torna egoísta y egocéntrico nos aísla e impide que nuestro amor elimine las distancias. Leía hace poco un libro en el que el protagonista, muy herido en su historia personal, confesaba: *« ¿Sabes lo que tiene de hermoso seguir a Cristo? Pues, que te haga lo que te haga otro ser humano, por muy bajo o doloroso que sea, siempre tienes a tu Padre de los cielos para ofrecerle tu inmenso dolor»*⁵. Podremos experimentar el dolor de la ofensa, pero ese dolor no logrará apartarnos del amor de Dios y no impedirá que entreguemos amor con nuestras palabras y obras. Podremos sentirnos muy heridos en nuestro corazón, pero esa herida sanará en las manos de un Padre misericordioso. El camino para encontrar el perdón, es entregar nuestro dolor, nuestras heridas, a Dios y suplicar que Él transforme nuestro débil corazón. Y, como leía el otro día, esto es posible cuando nos encontramos con el amor que Dios nos tiene: *«Hay que enseñar a la gente a amar a Dios, o mejor aún: hay que enseñar a los seres humanos que Dios los ama»*⁶. Ésa es nuestra misión, lograr que los hombres **experimenten el amor que Dios los tiene, a través del amor débil que logramos darles.**

⁴ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 110

⁵ María Vallejo-Nájera, "Un mensajero en la noche", 144

⁶ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 143